

# LA PERSECUCIÓN CRISTIANA EN JAPÓN DE 1597 SEGÚN LA OBRA DEL FRANCISCANO JUAN DE SANTA MARÍA\*

JOSÉ LUIS BETRÁN MOYA

*Grup de Recerca d'Estudis d'Història Cultural (GRECH)  
Universidad Autónoma de Barcelona*

## RESUMEN:

Los martirios de cristianos en Japón en 1597 fueron objeto de una abundante literatura hagiográfica en los siguientes años, de la que se estudia uno de los primeros relatos impresos, el que realizara el franciscano Juan de Santa María en 1599.

## PALABRAS CLAVE:

Franciscanos, Japón, siglos XVI y XVII, literatura hagiográfica, martirios de 1597, Juan de Santa María.

## ABSTRACT:

The Christians' martyrdoms in Japan in 1597 were an object of abundant hagiographical literature in the following years, of which there is studied one of the first printed story, realized by the Franciscan Juan of Santa Maria in 1599.

## KEY WORDS:

Franciscan order, Japan, XVI and XVII centuries, hagiographical literature, martyrdoms in 1597, Juan of Santa Maria.

---

\* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «Fronteras culturales en el mundo hispánico (ss. XVI-XVII); entre ortodoxias y heterodoxias» (HAR2014-5234-C5-1-P) del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

A finales del siglo XVI el culto a los mártires se reactivó en toda Europa. Las guerras confesionales vividas a lo largo de la centuria y la expansión ultramarina protagonizada inicialmente por las potencias católicas de la Península Ibérica –marcada no sólo por la gloria de las armas y el comercio sino también por la épica de los religiosos que la acompañaron–, favorecerían que la descripción de los sufrimientos padecidos por los santos cristianos se convirtiera en una pieza central del discurso hagiográfico católico<sup>1</sup>. Con frecuencia fueron los propios compañeros de religión los que divulgarián a través de la imprenta las peripecias de sus protagonistas, describiéndolas bajo la épica de unas vidas marcadas por múltiples dificultades y por sus violentos finales siempre en defensa de la fe, siguiendo los preceptos espirituales y penitenciales de la *Imitatio Christi*<sup>2</sup>.

Esta literatura martiriológica respondía a varios fines. Por un lado, trataba de favorecer el anhelo de perfección virtual que se esperaba siguieran los fieles con su ejemplo. Además, su lectura en el interior de los refectorios religiosos debía contribuir al despertar de futuras vocaciones misioneras. Todo ello, sin excluir, de puertas a fuera, el beneficio de la fama pública que representaba para las órdenes religiosas el haber contado con tan excepcionales miembros entre sus filas. En efecto, el martirio se convirtió, en el marco competitivo vivido por los regulares en el seno de la iglesia católica de los primeros tiempos de la Contrarreforma, en un camino, quizás el más rápido, para alcanzar los altares de una santidad anhelada, tanto en lo particular como en lo colectivo<sup>3</sup>. Muchos de estos relatos fueron la primera pieza de una estrategia de las propias órdenes encaminada a la apertura de los procesos de canonización respectivos en Roma, inclinando favorablemente la opinión pública hacia sus respectivas causas.

<sup>1</sup> Alfonso Rodríguez G. de Ceballos, «El mártir, héroe cristiano. Los nuevos mártires y la representación del Martirio en Roma y en España en los siglos XVI y XVII», *Quintana*, n.º 1, 2002, pp. 84-87.

<sup>2</sup> Anthony DuPont, «“Imitatio Christi, imitatio Stephani”. El pensamiento de Agustín sobre el martirio, a partir de los sermones sobre el protomártir Esteban», *Augustinus*, vol. 54, 2009, pp. 144 -147; Francisco Luis Rico Callado, «La *Imitatio Christi* y los itinerarios de los religiosos: hagiografía y prácticas espirituales en la vocación religiosa en la España Moderna», *Hispania Sacra*, LXV, enero-junio 2013, pp. 127-152.

<sup>3</sup> En los procesos de canonización impulsados por Urbano VIII tras sus ultimas reformas en 1635, la Iglesia no exigió para elevar a un mártir a los altares la comprobación de su santidad heroica mediante un milagro, sino exclusivamente la de haber entregado su vida a causa de la confesión de su fe. Pierre Karizi, *La prueba de las virtudes heroicas y del martirio en las causas de canonización*, Salamanca, 2010, pp. 46-47.

La etapa dorada de estos relatos discurrió en España entre el final de la Segunda Guerra de las Alpujarras y la batalla de Lepanto (1571) y las últimas grandes matanzas de misioneros en Japón en 1637. Fueron varias las fronteras religiosas o culturales en que se insertaron estas narraciones que tenían al mártir como eje central: las de la catolicidad en Europa con el mundo de la Reforma; las de más larga tradición en el marco peninsular y mediterráneo con el mundo musulmán; las más recientes establecidas a partir del primer contacto con los neófitos americanos; y, finalmente, las que por las nuevas rutas oceánicas del Índico o el Pacífico alimentaron durante décadas los sueños de alcanzar la gran gesta de la conversión de las grandes civilizaciones del Extremo Oriente. Cada una de ellas tuvo sus propios rasgos. Entre las más tratadas por las crónicas y relaciones efectuadas por miembros de diferentes órdenes entre el final del siglo XVI y los primeros años del siglo XVII destacaron las persecuciones sangrientas de cristianos padecidas en Japón en 1597. En este trabajo abordamos uno de estos primeros relatos: el realizado por el franciscano Juan de Santa María en su *Relación del Martirio que seys Padres Descalzos Franciscos y veymte Japones Christianos padecieron en Japón*, obra que fue impresa en Madrid y Roma solo dos años después, en 1599.

## LA PRESENCIA RELIGIOSA HISPÁNICA EN JAPÓN

La evangelización en Japón empezó con la llegada de los primeros misioneros de la Compañía de Jesús por la vía colonial portuguesa. El 15 de agosto de 1549 los jesuitas Francisco Javier, Cosme de Torres y Juan Fernández llegaron a Kagoshima, situada en una bahía en el sudoeste del Japón. A penas un mes después, el Apóstol de las Indias pidió permiso al daimio de la ciudad para construir una misión católica, que le fue concedido con la esperanza de establecer relaciones comerciales con Europa y de reducir el poder de los monjes budistas<sup>4</sup>. El 1565 Francisco Javier volvería a la India. Unos años después, en 1579, llegó a Japón como visitador el padre napolitano Alessandro Valignano, que se dedicó a educar a las élites de la nobleza gobernante. La primera iglesia se construyó en 1576 en Miyako (la moderna Kyoto) y en 1582 se envió una comitiva con cuatro conversos japoneses a España y a Roma como testimonio del supuesto triunfo de la evangelización en tierras nipoñas. Fueron recibidos por Gregorio XIII en

<sup>4</sup> Antonio Cabezas, *El Siglo Ibérico de Japón. La presencia Hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*, Universidad de Valladolid, 1994, pp. 109-115.

marzo de 1585 y el viaje fue especialmente capitalizado por la Compañía de Jesús para realzar su monopolio sobre las restantes órdenes en la misión de aquellas tierras orientales. Sin embargo, a su regreso en 1590, la situación había cambiado radicalmente. La persecución contra los cristianos se había iniciado tres años antes, en 1587, cuando había unos 200.000 cristianos y unos 130 misioneros jesuitas en el país. El promotor de la primera represión fue el daimio Toyotomi Hideyoshi (1537-1598), el famoso *Taicosama* de las crónicas (por su título oficial de *taiko*, «príncipe», usado a partir de 1591), que prohibió oficialmente el cristianismo. Los jesuitas intentaron adaptarse a la nueva situación de manera que se vistieron a la japonesa y evitaron las manifestaciones de culto. Es este difícil contexto llegaron los primeros padres franciscanos en 1593 desde Filipinas, lo que provocó que la situación se complicara más<sup>5</sup>.

En efecto, las relaciones de la cercana gobernación española de Filipinas con el mundo japonés resultaron especialmente tensas durante aquellos años, en un difícil equilibrio entre la amenaza que representaba las arremetidas esporádicas de los corsarios nipones y el comercio con aquéllos a través de los juncos provenientes de Japón, pilotados por navegantes chinos pero con capital japonés, cargados de mantenimientos y otras mercancías para la colonia. La mayoría de estos comerciantes japoneses eran cristianos provenientes de la isla de Kuyshu<sup>6</sup>. Tal y como ha afirmado Juan Gil, por encima de estos intereses mercantiles y los asaltos piráticos, existía una razón aun mayor de peso para el fortalecimiento de estas relaciones como era la propia conveniencia política de los daimios de aquella isla de encontrar potenciales alianzas con el mundo español en su lucha «contra el cada vez más agobiante poderío del shogun». No es de extrañar pues que la reacción de este último y de Tokugawa Ieyasu (el Daifusama de entonces, de *daifu*, «presidente del Consejo») fuera la de una creciente desconfianza hacia la actitud de los gobernadores españoles en Filipinas en su intento por sofocar las revueltas y veleidades nobiliarias internas, y que un creciente clima de guerra fría se palpase en aquellos años entre ambos mundos. Los temores a una posible

<sup>5</sup> Para una visión general del Japón en esta época y la empresa misionera, vid. Constantino Bayle, *Un siglo de cristiandad en Japón*, Barcelona, 1935; John W. Hall, *El imperio japonés*, Madrid, 1973; Juan Gil, *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991; Misiko Hane, *Breve historia del Japón*, Madrid, 2003; Carmelo Lisón Tolosana, *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samurais, 1549-1592*, Madrid, 2005; Osami Takizawa, *La historia de los jesuitas en Japón (siglos XVI-XVII)*, Universidad de Alcalá de Henares, 2011.

<sup>6</sup> Juan Gil, *Hidalgos y samurais...*, op. cit. pp. 32-33.

invasión y conquista de Luzón se vieron además alimentados por la política expansionista de Hideyoshi hacia la península de Corea, las cartas arrogantes enviadas por éste al gobernador en Manila, Gómez Pérez Dasmariñas, entre finales de 1591 y principios del siguiente, así como por la advertencia que el padre Valignano hizo llegar en una carta fechada el 16 de marzo de 1592 en Nagasaki en la que comunicaba a Antonio Sedeño, el prior de la Compañía en Manila, que un mercader japonés, Faranda Quiemon, cristiano de nombre pero de vida gentil y ambiciosa, había convencido al emperador para que iniciara su conquista. Dasmariñas trató de ganar tiempo con cartas apaciguadoras y embajadas mientras solicitaba socorros a Nueva España<sup>7</sup>. En primer lugar se envió al padre dominico Juan Cobo a Nagoya en 1592 para entrevistarse con Daifusama, no sin las protestas de los jesuitas de Manila que veían en ello peligrar su papel de intermediarios privilegiados y su misión en Japón en favor de los dominicos. Tras regresar a Manila de la primera misión junto al enviado japonés Faranda, el padre Cobo volvió a ser enviado poco después en una nueva embajada aunque moriría en un naufragio en el viaje de ida. Fue entonces, cuando a petición del propio Faranda, el gobernador Dasmariñas envió en una tercera embajada al franciscano Pedro Bautista, junto a otros compañeros de la Orden de San Francisco, que llegaron a Japón en 1593, iniciando con ello la misión mendicante en la isla. En los siguientes años las relaciones comerciales de los japoneses con españoles y portugueses pasarían por un cierto deterioro inverso al recelo que hacia los misioneros franciscanos iría creciendo en la corte nipona, que terminaría considerándolos como una presunta avanzadilla de una supuesta invasión castellana proyectada desde las Filipinas. Las persecuciones se intensificaron a partir de entonces y los primeros martirios –y seguramente los más famosos– se produjeron el 7 de febrero de 1597, cuando fueron crucificados en Nagasaki veintiséis hombres: cinco franciscanos europeos y uno mexicano, tres jesuitas japoneses y diecisiete laicos japoneses, entre ellos tres niños.

#### LA RELACIÓN DE FRAY JUAN DE SANTA MARÍA

Pedro Bautista había nacido en 1542. Era natural de San Esteban, aldea de Mombeltrán, en el obispado de Ávila, e hijo de Pedro y María Blazquez, familiares de los Condes de Añover. Tras estudiar Artes y Teología en Salamanca

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 36-43, donde se puede seguir el contenido de estas misivas.

tomó el hábito de San Francisco en 1566, en el convento de San Andrés de Monte de la villa de Arenas, profesando al año siguiente. En 1580 pasó a Nueva España, donde fundó los conventos de San Cosme y Churabasco en México y proyectó el de Santa Bárbara, en la Puebla de los Ángeles. Poco después pasó a la misión franciscana de Filipinas, como visitador de la Provincia de San Gregorio Magno, siendo guardián del convento de Manila y prelado de la provincia hasta 1591. Durante este tiempo fundó el convento de San Francisco del Monte bajo la advocación de la Virgen con el título de Monteceli<sup>8</sup>. En mayo de 1593 partió hacia Japón como embajador del gobernador junto a tres frailes más, Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel y Gonzalo García, este último diestro en la lengua japonesa.

En 1599 salía de las prensas madrileñas del licenciado Pedro Varez de Castro la obra de Fray Juan de Santa María, Provincial de la Provincia de San José de los franciscanos castellanos, en que se relataba las andanzas de fray Pedro Bautista y sus compañeros hasta su ejecución. La obra estaba dedicada a Felipe III, al que se ofrecía el valor de aquellas muertes, dadas tanto por el servicio a Cristo como del difunto Felipe II del que habían actuado como sus embajadores<sup>9</sup>. No sería el único relato de las mismas. Los martirios de 1597 también fueron narrados por religiosos de otras órdenes con intereses misionales en Japón por aquellos años<sup>10</sup>. Santa María, en todo caso, ofreció una perspectiva alternativa a la dada por el jesuita Luis Fróis, al que citó repetidamente, en su *Relatione della gloriosa morte di XXVI, posti in croce per comandamento del Re di Giaponne...*, publicada en Roma también en 1599. Años más tarde incluso la amplió en el libro II de la *Crónica de la provincia de San Joseph de los descalços de la Orden de Menores de Nuestro Señor Jésus-Christo* (Madrid, 1615), en que incorporó muchos detalles aportados por otros autores franciscanos sobre los acontecimientos ocurridos entre 1593 y 1597, como el caso de fray Marcelo de Ribadeneira (*Historia de las islas del archipiélago filipino y reinos de la gran China, Tartaria, Conchinchina, Malaca, Siam, Camboge y Japón*, Barcelona, 1601), uno de los cuatro frailes super-

<sup>8</sup> Fr. Eusebio Gómez Platero, *Catálogo de los religiosos franciscanos de la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas desde 1577 en que llegaron los primeros a Manila hasta los de nuestros días*, Manila, 1880, pp. 55-57.

<sup>9</sup> Fr. Juan de Santa María, *Relación del que seys Padres Descalços Franciscos y veinte Japones Christianos padecieron en Japón*, Madrid, 1599, Dedicatoria, s. f

<sup>10</sup> Una relación detallada de estas crónicas en Rie Arimura, «Las misiones católicas en Japón (1549-1639): análisis de las fuentes y tendencias historiográficas», *Annales del Instituto de Investigaciones Estéticas México*, n.º 98, vol. XXXIII, 2011, pp. 61-70.

vivientes y obligados a abandonar las islas tras los martirios. Este último, ya en Manila, había recibido en 1598 la orden de sus superiores para que relatara los hechos en vista a apoyar la canonización de los hermanos martirizados. Ambos debieron leer las abundantes cartas enviadas en el pasado por Pedro Bautista a sus superiores, que fueron remitidas desde Filipinas hasta el convento de San Francisco en México, en cuyo archivo se conservaron. Probablemente, también contaron con algunos testimonios orales que luego figurarían como testigos en el proceso de canonización iniciado en Roma poco después, y que fueron editados en su día por el padre Ignacio Tellechea<sup>11</sup>.

La relación de Fray Juan de Santa María adopta por ello un tono indirecto. Consta de 18 capítulos. Los dos primeros sirven de preámbulo para justificar la embajada de Bautista ante Hideyoshi a través de la narración que realiza de la primera del dominico Juan Cobo y la copia de algunas de las cartas amenazadoras del japonés al gobernador Gómez Pérez Dasmariñas. Esto le permite caracterizar a Hideyoshi como un personaje de baja extracción social, ambicioso y déspota por sus ansias de poder y conquista que lo equiparan (lo ha hecho lanzándose a la conquista de Corea y China) a los grandes conquistadores históricos asiáticos. Así, al referirse a la situación del reino japonés Santa María escribe:

...aviendo sido antes de ahora gobernado por muchos Reyes, que llaman tonos, está al presente sugeto a solo un hombre, llamado Taycozama, hijo de padres humildes de la hez del pueblo, pero él en si de pensamiento levantado, pequeño de cuerpo, mas de tan gran valor, que no menos admira el aver subido a la cumbre del Imperio que posee, que admiró un tiempo aquel gran Tamerlan tan celebrado. Porque si éste de un pobre boyerizo, o como otros quieren de un pobre soldado, vino a enseñorearse de la mayor parte de Asia, aquel de un pobre leñador, y de un soez moço de cavallos, vino por su prudencia y varias astacias a intitularse *Quabacundono*, que es la mayor dignidad de Iapon, haziéndose obedecer de tanta infinidad de vasallos como oy le obedecen, Imperando sobre sesenta y tantos Reynos, en que estaba aquel soberbio Imperio dividido, quitando ahora él y poniendo Reyes, como se le antoja, cosa que ningún antecesor suyo se atreviera, aun a pensarlo<sup>12</sup>.

En las cartas que en la *Relación* se transcriben de Hideyoshi, se enfatiza su carácter jactancioso:

<sup>11</sup> Ignacio Tellechea Idígoras, *Nagasaki. Gesta martirial en Japón (1597). Documentos*. Salamanca, 1998.

<sup>12</sup> Fr. Juan de Santa María, *Relación...., op. cit.* pp. 1-2v.

...siendo yo en tiempos passados hombre pequeño y de poca estima, me partí a conquistar esta redondez de la tierra, que esta debaxo del cielo. Los que debaxo del cielo están y encima de la tierra, todos son mis vasallos, tienen paz y sossiego, y viven sin miedo. Y a los que no me reconocen, embio luego mis capitanes y soldados para que les den la guerra, como ahora ha sucedido al Rey de la Corea, que por no averme querido reconocer, le he tomado el Reyno, hasta la tierra que confina con Lyavito, cerca de la Corte del Rey de China<sup>13</sup>.

El mismo argumento empleará con respecto a Manila, desde la que no se había enviado hasta entonces embajada. Resulta así pues interesante constatar como la primera entrevista que fray Pedro Bautista hace ante él a su llegada a Nagoya, Santa María contrapone la figura de Hideyoshi a la del fraile, el primero como señor de la guerra, el segundo como portavoz de la paz con la autoridad de la grandeza que le otorga el monarca español, su señor, «que nunca dio obediencia, ni la dará a Rey alguno de la tierra, y sólo traerá del licencia, para asentar las pazes, y firmar la amistad que tu pides», respuesta de la que afirma se sintió satisfecho Hideyoshi<sup>14</sup>. Afortunadamente el clima de tensión no iría a más. A los japoneses, suficientemente ocupados por entonces con la guerra de Corea, no les interesaba abrir un nuevo frente bélico y los franciscanos, no sin una cierta ojeriza de los jesuitas, según Santa María, pudieron presentarse en las cartas que enviaban a Manila como los auténticos hacedores de aquella paz<sup>15</sup>. Santa María no duda en emplear el paralelismo, fácilmente entendible para los lectores europeos cultos de la época, entre la figura de fray Pedro Bautista y lo que representó el Pontífice León I Magno respecto al fiero conquistador de los hunos Atila, a quien había convencido en el año 452 en Mantua de que no marchase sobre Roma<sup>16</sup>.

A la par que el comercio con los japoneses crecía día a día por parte de Manila favorecido por este nuevo clima de paz, también lo hicieron en los meses siguientes los progresos evangelizadores de los mendicantes con la permisibilidad

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 4

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 15. Es más, por una carta de fray Bautista escrita en Meaco el 7 de enero de 1594 en que informaba de esta entrevista, éste señalaba que Hideyoshi había hecho medio en serio medio en broma, ademán de disciplinarse con el cordón franciscano, después de declarar que acogía a los frailes con los brazos abiertos como verdaderos religiosos, lo que contraponía a la actitud de los jesuitas. Esta carta puede leerse en Juan Gil, *Hidalgos y samurais...*, *op. cit.* pp. 54-55.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 62-63.

<sup>16</sup> Fr. Juan de Santa María, *Relación...*, *op. cit.* p. 24.

de Hideyoshi. Los capítulos 3 y 4 de la *Relación* nos dan cuenta de todo ello. Tras recordar las pasadas persecuciones iniciadas contra los cristianos en el año 1587, incitadas por los monjes bonzos y que tanto habían perjudicado a los jesuitas que se vieron obligados a poner sus capillas retiradas de las villas y a dejar de vestir con sus hábitos tradicionales, ahora, por el contrario los franciscanos progresaban rápidamente a pesar de que los ignacianos les advertían de que no hiciesen excesiva ostentación de sus éxitos, lo que podría convertirse en objeto de nuevas tribulaciones para todos los cristianos. En Kyoto, la antigua Meaco, Bautista edificaría un convento con el nombre de Nuestra Señora de Porciúncula, en memoria de la pequeña iglesia incluida en la basílica de Santa María de los Ángeles en la Umbría italiana, lugar en donde había comenzado el movimiento franciscano. Con la llegada de nuevos frailes desde Manila que se unieron a los cuatro primeros (fray Agustín Rodríguez, fray Marzelo de Ribadeneyra, fray Jerónimo de Jesús, fray Andrés de San Antonio que moriría antes de llegar, fray Francisco Blasco, fray Martín de la Ascensión o de Aguirre y el lego Juan Pobre), la misión pudo dedicarse pronto a la atención de los enfermos en los dos hospitales de aquella ciudad, en especial de los más pobres aquejados por la lepra, siguiendo tanto los ejemplos de Cristo (*Marcos* 1,40-45) como del propio San Francisco de Asís «limpiándoles la materia, y besándole muchas veces, en referencia de las llagas de nuestro Señor Iesu Christo, que por curar la lepra de nuestra alma, quiso en este mundo parecer leproso»<sup>17</sup>. Los monjes budistas utilizaban estas prácticas de los franciscanos para desacreditarlos a la vez que hacían evidente el riesgo de su proselitismo entre los más humildes de la sociedad. Decían de ellos «...que eran sucios, asquerosos. Que lavaban pies de pobres, y los curavan las llagas, y que por esto no eran visitados de los señores y gente principal, pero que los seguían la gente común, y convertían muchos a su ley»<sup>18</sup>. Viendo como disminuía la reverencia hacia ellos y las ofrendas recibidas, pedían a Taicozama «que del todo cortasen el hilo que los padres llevaban a hacer Christianos, o los desterrasen del Reyno»<sup>19</sup>.

A diferencia de los jesuitas, los franciscanos llevaron a Japón una nueva forma de entender y practicar la evangelización. Si los ignacianos habían privilegiado la conversión de los aristócratas, manteniendo una política de prudencia respecto a los daimios, los descalzos utilizaron un método misionero más agresivo

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 29v.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 29.

dirigido al pueblo llano. Como ha destacado Juan Gil, «siguieron a las prédicas los bautismos, aireados con alegría infinita, como si diera comienzo una nueva era apostólica, y se construyeron iglesias en Meaco, Osaka y Nangasaki contraviniendo órdenes expresas de Taycozama»<sup>20</sup>. Todo ello terminaría por variar la opinión condescendiente de aquél. Un incidente nimio -como el naufragio del galeón San Felipe cargado en exceso de mercancías y hombres cerca de las costas de Meaco cuando retornaba hacia Nueva España en julio de 1596-, sirvió de pretexto para lanzar duras acusaciones contra los españoles y los religiosos. No solo los japoneses requisaron todo el rico cargamento y trajeron con dureza a los naufragos<sup>21</sup>, sino que acusaron a los españoles de iniciar una conquista en los que los frailes habían sido una avanzadilla para espiar y fomentar un *quintacolumnismo* interno, pues:

...los Castilla eran ladrones, que andavan tomando Reynos extraños, que assí lo devia de ser ellos, que yvan con aquella nao a fondear sus puertos, y tomarle su Reyno, y para ello avian embiado adelante a los frayles con boz de Embaxadores, y de dar de predicar su ley, a marcar la tierra y hacer cristianos de quien se ayudasen despues, para alçarse con todo, como lo avian hecho en Nueva España, Perú y Filipinas<sup>22</sup>.

En parte se acusaba a los frailes de ser espías y en parte se decía de ellos que si bien aparentaban pobreza en lo exterior, la mitad de los bienes que transportaba el galeón en verdad les pertenecían<sup>23</sup>. En efecto, se trataba de una incriminación de fatales consecuencias pero que mostraba a las claras que Hideyoshi no estaba dispuesto a ver peligrar el restablecimiento del orden que había sido tan costoso en Japón por la llegada de unos frailes que podían con el adoctrinamiento de los más pobres socavar las bases morales y religiosas del imperio. El escarmiento fue cruel. Se ordenó la prisión de los franciscanos. Aunque ciertamente la *Relación* explica el gozo con que éstos recibieron la noticia como premonitoria del martirio que por su fe habían de sufrir («Quien podría dezir la alegría y contento que huvo en todos nosotros, las gracias que dábamos a Dios, pareciéndonos que era llegada la hora en que nos querían hacer partícipes de su Reyno, y que luego nos quitarían las vidas»)<sup>24</sup>, lo cierto es que la sospecha de que en la sombra los jesuitas hubieran maniobrado en contra de ellos planeó en

<sup>20</sup> Juan Gil, *Hidalgos y samurais...*, op. cit., p. 69.

<sup>21</sup> Fr. Juan de Santa María, *Relación...*, op. cit. pp. 48-52.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 110v-111

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 63.

el sentir de los frailes, sobre todo al comprobar que a diferencia de ellos ningún jesuita había sido preso inicialmente:

Qué fue la causa porque Taycosama no quiso comprender a los padres de la Compañía en la sentencia, predicando ellos como predicavan el Santo Evangelio y sustentando tanto número de almas, y teniendo tantas residencias o casas, no es fácil de averiguar. La principal razón sábelá Dios<sup>25</sup>.

Tras un mes de cautiverio en sus propios conventos, el martirio de los frailes se inició. Se les unieron tres jesuitas de origen japonés: los padres Pablo Michi, Diego y Juan. A principios de 1597 fueron paseados por el imperio, desde Meaco hasta Nagasaki, donde finalmente fueron crucificados, pasando por Fugimi y Osaka, en un autentico Vía Crucis con el rigor del invierno como escenario de fondo:

Los frios y nieves eran grandes, y en el corazón del Invierno, los pobres desnudos, descalços y abiertos los pies: ora con las manos atadas, ora con sogas al cuello, o por la cinta, fatigados de hambre y malos tratamientos que les hazían y empellones que les davan hasta dar con ellos de ojos, les hazían caminar mas que de passo, a vezes a pies y a vezes a cavallo<sup>26</sup>.

Primero se ordenó que se les cortasen las narices y las orejas «no se si por mas ignomia, o por ser assí costumbre de aquella tierra en señal de sentenciados a muerte, como era entre los Romanos el darles más de quarenta açotes»<sup>27</sup>. La sentencia del desorejamiento se ejecutó el 3 de enero en Meaco. Solo se les cortó la oreja izquierda y no se amputaron finalmente las narices. Santa María señala el arrojo de dos niños sirvientes de los padres que también padecían el martirio, y que ante el gentío y los verdugos mostraron su entereza al gritarles que cortaran «más si quieren» y se hartasen «bien de sangre de Christianos»<sup>28</sup>. Luego todos fueron subidos a varios carros para ser exhibidos vergonzosamente ante la población:

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 72. En una carta que cita Juan Gil del padre Bautista incluida en su proceso de canonización, éste exclamaba: «Por una parte no me puedo persuadir que en pecho de cristianos tan gran maldad cupiese que dijesen que eran ladrones los «castillas» etc; por otra veo tales indicios que me ponen en grandísima confusión y admiración: los padres están libres, según nos an dicho días a, y nosotros en prisión». Juan Gil, *Hidalgos y samurais...*, *op. cit.*, nota 105, p. 71. En la *Relación* se insinúa que para Taycosama los jesuitas, a diferencia de ellos, tenían un papel estratégico para mantener el lucrativo comercio con los portugueses. (p. 75v).

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 122.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 96.

En la primera iva el Santo Comissario, que por estandarte y vandera llevava colgado al cuello el crucifixo que sacó del coro, que por llevar las manos atadas atrás, como los demás, no lo llevaba en ellas. Yva buelto el rostro a los que venían, para que assí todos le pudiesen ver y adorar. Los tres hermanos de la Compañía yvan en el último carro, como aparte, rodeados de gente de guarda del governador de Osaca<sup>29</sup>.

Lo que resulta un suplicio, la *Relación* de Santa María lo convierte en un desfile triunfal de los frailes:

Y lo que a todos en este admirable triunfo mas admiración causó fue, el cuidado (sin ser prevenidas) que los gentiles pusieron en aderezar y limpiar las calles por donde los santos condemnados avian de passar, y traer arena y tenderla por ellas. Ceremonias usadas entre ellos, solamente una o dos veces en el año, quando entra su Rey triunfando, acompañado de todos sus grandes. Trazavallo assí Dios para honra y justificación de la invocación de sus siervos. Yvan todos con tan maravilloso semblante que mostrava bien el contento interior con que padecían en sus carretas como en carros triunfales, al primer encuentro, triunfando ya del enemigo<sup>30</sup>.

En Osaka, entre maltratos de los guardias, fueron encerrados en la cárcel pública «en compañía de malhechores» antes de volver a ser sacados a la vergüenza<sup>31</sup>. La escena se repetiría en Nagoya y otras ciudades, con la intención de poner «más espanto a la gente de los pueblos por donde pasasen, para que ninguno de allí adelante se atreviesse a recibir el Santo Baptismo»<sup>32</sup>. Un monje bonzo de la ciudad de Facata no dejó de advertir a Hideyoshi que todo aquel suplicio no dejaba de servir de propaganda fácil de la fe cristiana entre los más pobres, por lo que «verdaderamente el rey es un necio, y no sabe lo que se haze, pues queriendo que estos no publiquen su ley, el mismo la publica mandándolos traer por tantas ciudades tan públicamente y con tanto aparato». A lo que Santa María añadió:

Bien se vee ello y es trono de Dios, que quando el tyrano piensa con la muerte de los martyres sepultar su ley, entonces mas se publica, como lo avia pronosticado el Santo Comissario a uno de sus compañeros en cierta ocasión. Hermano quando fuermos crucificados por la Fe de Iesu Christo entonces seremos verdaderos predicadores, y será el fruto que hará uno muerto que muchos vieren<sup>33</sup>.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 98v.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 107.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 109v.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 124v-125.

El capítulo XIII narra la crucifixión. Incluye un dibujo del modelo de cruz empleada, que a diferencia de la cruz convencional tenía un travesaño donde asentar el peso del cuerpo, «poniéndose en él a cavallo, de modo que la cruz viene a ser de quatro maderos»<sup>34</sup>. Los reos fueron atados a ellas:

...con cinco horquillas o argollas de hierros puestos a la garganta, braços y piernas, los amarran y abraçan con otra, atándolos también a veces, con soga por la cintura y los braços encima de los codos por los músculos, de suerte que les dexan bien fixos, y a muchos les quiebran las canillas de la piernas y braços para que mueran con mas brevedad y tormento<sup>35</sup>.

Alzadas, los condenados a muerte fueron lanceados en forma de aspa «porque tirando la lança por el lado derecho viene a salir por el hombro izquierdo, o debaxo del, y por el contrario entrando por el costado izquierdo, sale por el lado derecho. De suerte que el corazón no se escapa. Y si con esto no acaban de morir le dan mas lançadas hasta que mueren.». La elevación de las veintiséis cruces es descrita como un pequeño monte Calvario en la que los mendicantes son el centro de la imagen:

...y fueron todos veinte y seys puestos en ellas, casi a un mismo tiempo de la manera ya dicha por este orden. Los diez venturosos Iapones a un lado, y los diez al otro, computando los tres de la Compañía, y los seis frailes a medio, todos en hilera, los rostros azia la ciudad al mediodia, apartados como quatro passos uno de otro, de modo que hazian una muy concertada y devota procesión de crucifixos. Junto a las cruces estaba la sentencia que el Emperador avia dado, que declarava la causa porque morían, y en cada puesto el nombre del crucificado<sup>36</sup>.

El capítulo XIV se dedica a trazar los datos biográficos de los seis franciscanos martirizados: Pedro Bautista, Francisco Blanco, Martín de la Ascensión, Gonzalo García, Francisco de la Parrilla y el novohispano Fray Felipe de Jesús, sin duda este último, como ha afirmado Antonio Rubial, el primer mártir mexicano que se asemejaba en su forma de muerte a los cánones tradicionales del martirio antiguo, lo que le convertiría a la vista de sus compatriotas en un símbolo más de la mayoría de edad alcanzada por la Iglesia novohispana<sup>37</sup>. La muerte de los

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 133v.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 134v.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>37</sup> Antonio Rubial García, «La violencia de los santos en Nueva España», en *Bulletin du centre d'estudes medievales d'Auxerre, BUCEMA*, N.º 2, 2008, p. 13.

mártires fue acompañada de todo tipo de acontecimientos extraordinarios que venían a reafirmar la santidad de aquellos y especialmente la de Pedro Bautista, que los franciscanos trataban de elevar a los altares. Así, la ciudad de Meaco vio caer en los siguientes días «a manera de lluvia ceniza y a vueltas tierra coloreada, como sangre, en tanta cantidad que cubrió los tejados, las calles y campos»<sup>38</sup>. El 30 de agosto se padeció un fuerte terremoto en que hubo muchos muertos «especialmente en los templos»<sup>39</sup>. Pocos días antes se divisió el paso de un cometa, y quizás lo más admirable resultó:

...que sobre el cercado de los Santos cuerpos aparecían los Viernes, que eran como unas antorchas o luces, a manera de columnas de fuego, que vían sobre cada una de las cruces de los Santos Martyres, y sobre la del santo fray Pedro dobladas, significando su doblada corona

así como, con velada alusión hacia los jesuitas:

...que un Viernes a catorze de Marzo en la parte donde los Santos estavan crucificados, que era al mediodía, apareció de noche una columna de fuego, a la vista muy grande, dividiéndose en tres partes o columnas. Y dos horas después que durava, iva cayendo una dellas, al parecer, la de en medio, azia la casa de los padres de la Compañía de Iesus, dexando grandissimo rastro de centellas, a modo de estrellas muy resplandecientes, y alli desapareció, quedando más clara que el día la noche, que antes era tenebrosa y oscura<sup>40</sup>.

Por supuesto en esta relación de signos divinos no podían faltar los elementos corporales que demostraban la santidad del mártir Pedro Bautista, de cuyo cuerpo manó sangre varios días –sesenta en concreto–, tras su muerte, a la par que una imagen que había en el convento franciscano de Meaco de San Francisco hacía lo propio sudando sangre. Para Santa María, éste era «...el prodigo en que más claramente parece que quiso nuestro Señor dar a entender que la conquista de aquellas almas avia de ser de frayles menores, pues (aunque otros predicadores avian ydo antes) ellos las ganaron con sangre»<sup>41</sup>.

<sup>38</sup> Fr. Juan de Santa María, *Relación...*, *op. cit.* p. 168v.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 169-170.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 174.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 179.

## CONCLUSIÓN

Con la entrada del siglo XVII la situación en Japón varió, aunque no a mejor para los intereses europeos. En 1603 el clan de los Tokugawa se impuso como fuerza del país y su nacionalismo cada vez más xenófobo fue cerrando el territorio progresivamente a comerciantes y misioneros. La situación del cristianismo en este contexto fue de creciente precariedad: casi cincuenta martirios en hogueras y cruces constatados hasta 1613. Entre 1611 y 1614 se volverían a dictar ordenanzas contra los cristianos que provocarían nuevas matanzas: en 1612-13 en Osaka, Mino, Hachijōjima, Arima, Iwami, Itisuki y Edo. En 1617 se aceleró la represión desde el sōgunato: un nuevo destierro de los misioneros y la prohibición de que los súbditos pudieran comerciar con ellos o protegerlos. En 1622 fueron ciento dieciocho los martirizados en Nagasaki<sup>42</sup>. Ante esta situación crítica el Papado tuvo que posicionarse y la cuestión tuvo que plantearse en términos de si era recomendable retirarse del Japón o lanzar una nueva contraofensiva misionera. Se optó por la segunda opción. Las órdenes religiosas movilizaron de nuevo sus fuerzas, asumiendo los riesgos que ello implicaba. En 1627 incluso Urbano VIII permitió la veneración de aquellos primeros mártires de 1597 –ya en 1616 a instancias de Felipe III y los franciscanos Paulo V había accedido a nombrar una comisión que iniciara los procesos de canonización–, que fue celebrada con gran júbilo en numerosas ciudades católicas europeas. Pero nuevas matanzas de cristianos ocurrieron en Japón en 1633, 1634 y 1637<sup>43</sup>. La derrota final del cristianismo se produjo justamente en este último año, durante la revuelta de *Shimabara*, si bien aquellas décadas previas estuvieron marcadas por el clima de cisma dentro de las propias filas cristianas<sup>44</sup>.

<sup>42</sup> *Sucesos del año 1622*, Ms. 2353 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fols. 260-261v.

<sup>43</sup> *Sucesos del año 1633*, Ms. 2364 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fols. 53 y 466-468.

<sup>44</sup> Pese a la oposición de los jesuitas, junto a los franciscanos pronto se sumaron dominicos y agustinos. La actuación de los jesuitas despertó mayores recelos críticos por parte de las restantes órdenes religiosas presentes en el país. Así lo muestra, por ejemplo, la contundencia de los memoriales presentados ante la Corona por el provincial dominico en Japón, fray Diego Collado, y los padres fray Pedro de Santa Catherina y fray Domingo de Castellet, en marzo y agosto de 1622. En ellos se acusaba a los jesuitas de pretender monopolizar la evangelización del Japón excluyendo a las demás órdenes con supuestas bulas otorgadas por Gregorio XIII; de haber incitado las matanzas contra ellos en el pasado para echarlos del país, o de querer sacar todo el beneficio del comercio de oro y seda desde la India y China hacia el Japón, a favor de los portugueses. Fr. Gaspar Vicens, *Miscelánea Político-Eclesiástica*, Biblioteca Universitaria de Barcelona, Ms. 1009, fols. 107v-120r. Diversos memoriales al respecto conser-

Desde esta perspectiva, la obra de Santa María cabe insertarla en la dura pugna mantenida en aquellos años en la corte española entre el partido castellano-mendicante, los jesuitas y la corte romana, sobre la conveniencia o no de que otras órdenes se incorporaran a la misión del Japón que los jesuitas, amparándose en bulas papales, consideraban de su exclusiva competencia<sup>45</sup>. Tal y como ha destacado Emilio Sola, si los franciscanos y los españoles en Manila esparcieron interesadamente sospechas sobre la actitud de los ignacianos, éstos no dejaron de defenderse inmediatamente. En una carta remitida por Valignano al provincial de los jesuitas en Manila, Raimundo de Prado, arremetía contra los franciscanos por dar una propaganda exaltada y excesiva de los martirios en la que los acusaban junto a los portugueses de ser sus instigadores. Asimismo, les reprochaba su irresponsable política de evangelización, que también les había perjudicado, pues Hideyoshi sólo había permitido a unos pocos jesuitas permanecer en Nagasaki tras las matanzas, poniendo en perdición los logros misionales pacientes de los jesuitas durante décadas. Además, los mendicantes habían demostrado carecer de apoyos políticos en la corte japonesa, mostrándose incompetentes para resolver una crisis política como la ocasionada por los naufragos del San Felipe, de la que ellos, consideraba, habrían sabido dar mejor cuenta. Por último, conjuntamente con los intereses de los castellanos de Manila, culpaba a los mendicantes del daño que el creciente comercio hispano-japonés venía haciendo al comercio portugués en Japón del que los jesuitas habían sido sus principales valedores. Con todo ello volvía a reafirmar la inconveniencia de que otras órdenes pasaran al Japón<sup>46</sup>.

La discusión proseguiría durante años. No obstante aquí nos hemos interesado más por el discurso hagiográfico que los martirios en Japón en 1597 promovieron. La *Relación* de fray Francisco de Santa María cumplía los cánones de la ortodoxia martirial que ya había fijado San Agustín en el siglo V. Por un lado, una fuerte dosis de cristocentrismo: el martirio entendido como imitación de la pasión de Cristo, añadiéndole, en primer lugar, una fuerte motivación escatológica pues los mártires anhelaban la vida futura con y en Cristo, y por ello

---

vados en *Scritti Originali Riferiti Nelle Congregazioni Generali*, Vol. 100, fols 48-49v, Archivio Storico Propaganda Fide Roma. Sobre toda esta controversia, vid. Juan Gil, *Hidalgos y samurais...*, *op. cit.* 126-135.

<sup>45</sup> Constantino Bayle, *Un siglo de cristiandad...*, *op. cit.* op. 76-79.

<sup>46</sup> Emilio Sola, *Historia de un desencuentro. España y Japón 1580-1614*, Alcalá de Henares, 1999, pp. 79-80.

encontraban la vida a través de su muerte. Una muerte aceptada gozosamente pero no buscada premeditadamente, pues solo a Dios correspondía esa voluntad. Japón presentaba las condiciones ideales del ideario martirial y el capítulo XVI de la obra precisamente tenía por título «De las semejanzas deste Martyrio con el de Christo nuestro Redemptor»: en él se recordaba que Japón era un país con un emperador y con crueles gobernadores, que cumplían sobradamente el tipo «romano» de tirano; los franciscanos se habían trasladado allí aun a sabiendas de que podían padecer martirio pues conocían que en aquel país existía un odio explícito hacia la fe católica y una persecución declarada; habían tenido su particular subida al Monte Calvario; habían muerto crucificados y lanceados en la cruz; no habían sufrido corrupción de sus cuerpos y se habían producido prodigios tras su muerte. Por otro lado, no había rencor en su muerte, sino perdón, que se convertía en un efectivo instrumento de redención y conversión de los furiosos enemigos en creyentes y amigos. De esta manera, el martirio alcanzaba otra de las premisas teológicas apuntadas por san Agustín como era su dimensión eclesiológica: la sangre de los mártires se convertiría en la semilla que permitiría el crecimiento futuro de la Iglesia, como habían hecho los primeros mártires con la primitiva Iglesia romana, también en aquel Japón hostil<sup>47</sup>.

---

<sup>47</sup> Fr. Juan de Santa María, *Relación...*, *op. cit.* pp. 179-184.